

PSICOLOGÍA E IDEOLOGÍA: FOUCAULT, CANGUILHEM Y ALTHUSSER



Matías Abeijón

Facultad de Psicología (UBA)

matiasabeijon@gmail.com



Resumen

El presente trabajo tiene como objetivo analizar una serie de críticas a la psicología en autores franceses como Michel Foucault, Georges Canguilhem y Louis Althusser. Si bien los tres autores son englobados dentro del movimiento intelectual de la epistemología francesa, en sus análisis sobre la psicología se encuentran diferencias metodológicas. A pesar de ello, los autores coinciden en atribuir a la psicología de la época un carácter ideológico inherente a la dimensión práctica de la disciplina. En esta crítica, a su vez, se marca el olvido de la vertiente ideológica y sus consecuencias al devenir una tecnología de adaptación a las condiciones del medio social.

Abstract

The present paper seeks to analyze some criticisms to psychology made by French authors such as Michel Foucault, Georges Canguilhem and Louis Althusser. Though three authors are included inside the intellectual movement of the French epistemology, their analyses of psychology are marked by methodological differences. In spite of it, they all agree in attributing to the psychology of the time analyzed an ideological character, salient in the practical dimension of the discipline. In their critique they stress the oblivion of the ideological dimension by psychologie, what determines that it became a technology of adjustment of individuals to the conditions of the social environment.

Introducción

En la década del cincuenta y principios de la década del sesenta se produjo un fenómeno llamativo: una serie de autores enmarcados en lo que se conoce como la epistemología francesa, hicieron uso del concepto de ideología para referirse al carácter tecnocrático de la psicología de la época. Por extraño que suene para quien desconozca la temprana obra de Foucault (nos referimos a sus escritos anteriores a *Historia de la locura en la época clásica* de 1961), en sus inicios el filósofo francés utilizó el marxismo como grilla de análisis de los fenómenos psicológicos y de la psicología en general. En la misma época, Georges Canguilhem calificó a la psicología contemporánea como una disciplina dependiente de postulados filosóficos y, peor aún, como un mero instrumentalismo del cual los psicólogos no son (ni quieren ser, según Canguilhem) conscientes. Finalmente, a principios de la década del sesenta la temprana obra de Louis Althusser coincidió en el diagnóstico de los anteriores autores, en tanto calificó a la psicología como una “ideología tecnocrática” que al pretender una autonomía disciplinar pierde su relación con la realidad social.

En consecuencia, nos proponemos demostrar que a pesar de las diferencias en las soluciones propuestas por Foucault, Canguilhem y Althusser, y a pesar de las particularidades del análisis de cada uno respecto a la psicología actual, las producciones de estos tres autores entre 1954 y 1964 son representativas de un campo intelectual francés en el cual la psicología comenzó a ser catalogada como una ideología tecnocrática, entendiendo por esto que la psicología de la época poseía un carácter adaptativo a las demandas de las sociedades industriales y a una determinada configuración ideológica del hombre.

Michel Foucault. Psicología y alienación

En la década del cincuenta, cuatro son los escritos pre-doctorales de Michel Foucault. A excepción del primero, una introducción a la traducción francesa del artículo “Traum und Existenz” del psiquiatra existencialista Ludwig Binswanger, ellos versan directamente sobre la psicología. Nos centraremos en dos de dichos textos: *Enfermedad mental y Personalidad*, primer libro publicado por Foucault en 1954, y el artículo “La recherche scientifique et la psychologie” de 1957.

Enfermedad mental y Personalidad es un libro que ha desconcertado a varios co-

mentadores de la obra de Foucault. Este se encuentra dividido en dos partes: una primera en la cual se realiza el análisis de las diferentes formas que el fenómeno patológico adquiere, y una segunda donde el foco de atención pasa a centrarse en las causas reales de la enfermedad mental. El salto de la primera a la segunda parte resulta por lo menos extraño, en tanto se pasa de una fenomenología capaz de abordar las formas de la enfermedad mental, a una causalidad de tipo material enmarcada en una lectura marxista que establece un paralelismo entre la alienación del hombre y la alienación en la enfermedad mental. Esto ha llevado a comentaristas como James Miller a afirmar que el texto refleja una “confusión” en las tempranas inclinaciones de Foucault, en quien “formulaciones de pálida índole heideggeriana conviven incómodamente con calurosas fórmulas marxistas” (Miller, 1993: 86). Desarrollaremos brevemente los postulados de estas dos partes para comprender mejor esta división realizada por Foucault.

En la primera parte del libro, Foucault indaga sobre las dificultades que conlleva el intento de establecer una unidad entre las patologías mentales y las orgánicas. El problema de la causalidad desemboca en la adjudicación de una “metapatología” común a lo mental y a lo orgánico. Desde la medicina mental, tomando el modelo de la medicina orgánica, se intenta descifrar la enfermedad desarrollando tanto una sintomatología como una nosografía. Pero detrás de estas entidades descansan dos postulados: prejuicio de esencia (enfermedad como entidad específica anterior e independiente a los síntomas) y postulado naturalista (enfermedad como especie natural unitaria definida por caracteres específicos y permanentes). Sin embargo, por medio de estos dos postulados sólo se establece un paralelismo abstracto entre ambas patologías, “el problema de la unidad humana y de la totalidad psicósomática permanece completamente abierto” (Foucault, 1954b: 16).

El problema se mantiene irresoluble mientras se intente abordar la enfermedad mental a través de los métodos y conceptos de la patología orgánica. En tanto son irreductibles a objetos naturales, el hombre y su enfermedad mental deben ser analizados en sus formas concretas. Para ello, el desarrollo de Foucault se centrará en la enfermedad y sus relaciones con la evolución, la historia individual y la existencia.

Respecto a la evolución, la enfermedad se revela “como la naturaleza misma, pero en un proceso inverso” (Foucault, 1954b: 32). En el plano de la historia indivi-

dual, Freud es destacado por revelar la dimensión significativa e histórica del psiquismo. No obstante, los análisis evolutivo e histórico resultan insuficientes, pues no terminan de abordar el sentido de la enfermedad en sí misma. Por ello, la dimensión de la existencia deviene esencial. Ella se centra en las diversas formas que la enfermedad mental, entendida como *experiencia fundamental*, adquiere. Lo que esta última dimensión resalta es que el análisis fenomenológico de la conciencia mórbida se funda rechazando los métodos de la patología orgánica. En consecuencia, el camino que Foucault considera adecuado para el abordaje de la patología mental es el de la comprensión, que permite llegar al verdadero sentido de la enfermedad.

Sin embargo, lo anterior no agota el análisis foucaultiano; si bien hasta aquí se describieron las diversas formas que la enfermedad mental adquiere, y se llegó a la conclusión de que el abordaje naturalista resulta inadecuado para su análisis, resta aún explicar el por qué del fenómeno mórbido, es decir, considerar cuáles son las condiciones de aparición del hecho patológico. Según Foucault, estas condiciones son necesariamente exteriores y materiales, y pasarán a ser el objeto de estudio de la segunda parte de *Enfermedad mental y personalidad*.

Destacando la historicidad propia del fenómeno mórbido, Foucault afirma que la enfermedad mental “no tiene realidad y valor de enfermedad más que en una cultura que la reconoce como tal” (Foucault: 1954b: 83). El sentido que se le debe otorgar a la enfermedad mental es, por consecuencia, histórico. Antes se dijo que las dimensiones evolutivas, histórico-individuales y existenciales agotaban las formas de la enfermedad mental. Sin embargo, surge la necesidad de explicar el hecho patológico refiriendo esas dimensiones a las estructuras sociales, al medio humano del enfermo: “Las relaciones sociales que determina la economía actual bajo las formas de la competencia, de la explotación, de guerras imperialistas y de luchas de clases ofrecen al hombre una experiencia de su medio humano acosada sin cesar por la contradicción” (Foucault, 1954b: 98). A su vez, el abandono del mundo y la constitución de una existencia fantástica y arbitraria del delirio con sus formas existenciales originales sólo se entiende porque “El determinismo que la(s) sustenta no es la causalidad mágica de una conciencia fascinada por su mundo, sino la causalidad efectiva de un universo que no puede por sí mismo ofrecer una solución a las contradicciones que ha hecho nacer” (Foucault, 1954b: 100).

Si para Foucault el análisis fenomenológico permite abordar las formas de la enfermedad mental, y el sentido irreductible de lo mórbido se entiende en relación a su originalidad propia y a la historicidad en términos heideggerianos (historicidad del *Dasein*)¹, la causa efectiva de la enfermedad radica en la opresión real de las contradicciones inherentes al mundo contemporáneo. Intentando escapar imaginariamente a dichas opresiones, el hombre termina por experimentar esa misma opresión como destino mórbido. La historia es entendida ahora como *prácticas sociales* efectivas, localizables en un *contexto real*.

Finalmente, para explicar cómo esas contradicciones reales se traducen en el hecho mórbido el autor recurre a la reflexología pavloviana. Las diversas formas patológicas se constituyen como reacciones de defensa que se dan ante situaciones de conflicto demasiado fuertes, en las cuales en lugar de reaccionar con una respuesta de diferenciación normal (diferenciación progresiva de los valores positivos y negativos de los excitantes que conlleve a una respuesta adaptada al conflicto) se reacciona con una inhibición generalizada (reacciones de defensa). Lo que esta inhibición generalizada implica es, justamente, que “el individuo no puede gobernar, a nivel de sus reacciones, las contradicciones de su medio” (Foucault, 1954b: 114).

La conclusión va en la línea de lo desarrollado en esta segunda parte de la obra. A lo que apuntaban los análisis precedentes era a derrumbar el mito de la alienación mental, en tanto este oculta la alienación social:

“la sociedad burguesa, por los mismos conflictos que han hecho posible su enfermedad, no está hecha a la medida del *hombre real*; que es abstracta en relación al hombre concreto y a sus condiciones de existencia; que continuamente pone en conflicto la idea unitaria que se hace

¹ La introducción a “Traum und Existenz”, publicada el mismo año que *Enfermedad mental y personalidad*, destaca la dimensión del *Dasein* como constitutiva del ser humano (Foucault, 1954a). La conclusión a la que arriba la primera parte de *Enfermedad mental y personalidad* (la patología mental se define como un fenómeno irreductible a la dimensión de la existencia humana y a las estructuras mórbidas propias del enfermo) es análoga a la conclusión de la “Introducción” de Foucault, según la cual se debe pasar de una concepción antropológica del hombre a una analítica de la existencia propia del humano como ser-en-el-mundo.

del hombre y el status contradictorio que le otorga. El enfermo mental es la apoteosis de este conflicto” (Foucault, 1954b: 116).

Si las contradicciones del medio social son las que disparan estas perturbaciones funcionales, entonces “sólo cuando sea posible cambiar esas condiciones (las del medio social), la enfermedad desaparecerá como perturbación funcional resultante de las contradicciones del medio” (Foucault, 1954b: 119).

Así, Foucault reclama la presencia de una *verdadera psicología*:

“La verdadera psicología debe liberarse de esas abstracciones que oscurecen la verdad de la enfermedad y alienan la realidad del enfermo; pues cuando se trata del hombre, la abstracción no es simplemente un error intelectual; la verdadera psicología debe desembarazarse de ese psicologismo, si es verdad que, como toda ciencia del hombre, debe tener por finalidad desalienarlo” (Foucault, 1954b: 122).

Esta última impugnación a la psicología resulta tajante: en su vertiente positivista, e inclusive psicoanalítica, ella aliena al hombre a una realidad opresora en sí misma. Si la psicología busca ser una ciencia al servicio del hombre entonces debe hacer a un lado sus postulados abstractos y apuntar a una des-alienación general del humano. Si bien la consigna de Foucault resulta por lo menos mesiánica, lo que en última instancia quiere destacar esta consigna es que el olvido de la historicidad propia del hombre ha llevado a la psicología a ser una ciencia de carácter alienante, y que para cumplir con su tarea des-alienadora debe tomar al hombre como unidad concreta en relación a la realidad social en la que se encuentra inmerso. En síntesis: la psicología no puede negar que posee, en sí misma, un carácter ideológico.

El último punto es retomado y profundizado en su artículo de 1957, “La recherche scientifique et la psychologie”. Este artículo plantea una impugnación a los presupuestos de la psicología científica. El estatuto de ciencia aplicado a la psicología no se reduce a una racionalidad implícita a la disciplina, y por lo tanto ella debe ser objeto de análisis. En este marco, Foucault destaca que las relaciones de la psicología con la práctica y la investigación se realizan en un marco de condiciones de vida

económica y social; al igual que en *Enfermedad mental y personalidad*, este hecho cobra notoria importancia. Foucault toma el ejemplo de la psicología del trabajo. Esta abarca las temáticas de orientación y selección de personal, así como de adaptación individual al puesto de trabajo, al grupo, etc.; los problemas que se suscitan en dicha disciplina sólo pueden tener su condición de existencia en el marco de ciertas condiciones económicas:

“orientación y selección de personal tienen una realidad sólo con arreglo a la tasa de desempleo y del nivel de especialización en los puestos de trabajo. Sólo un régimen de pleno empleo, atado a una técnica industrial que exigiría una alta especialización obrera, sólo este régimen podría ceder sitio a una práctica psicológica relacionada directamente a la investigación científica” (Foucault, 1957: 150).

Nuevamente, el carácter alienante de la psicología es ineludible: en un contexto alienante, la psicología *es* alienante. La pretendida científicidad de la psicología no hace más que ocultar el carácter ideológico que como disciplina humana ella posee.

A pesar de ello, las condiciones socioeconómicas no son la condición de posibilidad última de la psicología, como sí lo eran en *Enfermedad mental y personalidad*. La psicología nace en el punto en que el hombre encuentra la contradicción en su propio ser y en sus propias prácticas. Es decir, las aplicaciones de la psicología se derivan de los obstáculos mismos presentes en la práctica humana:

“La psicología de la adaptación del hombre al trabajo nació de formas de inadaptación que surgieron del desarrollo del taylorismo en América y Europa. Sabemos cómo la psicometría y la medición de la inteligencia se derivan de los trabajos de Binet sobre el retraso escolar y la debilidad mental; el ejemplo del psicoanálisis y de lo que se llama ahora la “psicología profunda” habla de lo mismo: están desarrolladas en el espacio definido por los síntomas de la patología mental” (Foucault, 1957: 152).

Más aún, la investigación en psicología se inaugura con el gesto freudiano de la investigación del inconsciente y su dominio sobre la vida consciente. El suelo de positividad de la psicología se funda, entonces, en “tomar la negatividad del hombre

por su naturaleza positiva” y en la revelación de su verdad a través de la experiencia de su contradicción.

Finalmente, lo que interesa destacar es que el término “contradicción” adquiere un doble matiz: contradicción a nivel sociohistórico (el hombre alienado por una sociedad que lo oprime), y contradicción a nivel de una negatividad en la psicología (aquellos puntos donde el conocimiento positivo se ve afectado por una ausencia o un vacío en el saber y las prácticas en el cual, paradójicamente, las diferentes psicologías se fundan como disciplinas positivas). Si bien este último sentido es el que predomina en el artículo de 1957, no debemos perder de vista la mención de Foucault a las condiciones socioeconómicas en las que la psicología se desarrolla. Si estas son retomadas después de *Enfermedad mental y personalidad*, es porque lo que se intenta remarcar es que la práctica psicológica jamás puede abstraerse del contexto en el que se desarrolla y del ideal de hombre al que responde. De hacerlo, se corre el peligro de caer en un psicologismo alienante.

Georges Canguilhem. Psicología y adaptación

En la misma época, Georges Canguilhem llegó a la misma conclusión que Foucault respecto al carácter ideológico de la psicología, a pesar de haber realizado un análisis completamente diferente. En 1956, Canguilhem pronuncia una conferencia titulada “¿Qué es la psicología?”; ella se publicará en 1958 y años más tarde se establecerá como una referencia obligada respecto a los juicios en torno a la psicología y a la ideología, sobre todo por su sentencia final.

En principio, dicha conferencia surge como una respuesta a Daniel Lagache, quien había propuesto un proyecto de psicología unificada a través de su definición como una teoría general de la conducta, síntesis de la psicología experimental, de la psicología clínica, del psicoanálisis, de la psicología social y de la etnología. No obstante, según Canguilhem la propuesta de Lagache no es más que un pacto de coexistencia pacífica entre diversas disciplinas. Lo único que ellas tienen en común es que todas refieren a un mismo objeto de estudio: el hombre. Pero corresponde a la filosofía indagar qué entiende la psicología por dicho objeto. La crítica de Canguilhem no se hace esperar: la psicología es

“(…) una filosofía sin rigor, una ética sin exigencia y una medicina sin control. Filosofía sin rigor, porque es ecléctica bajo el pretexto de la objetividad; ética sin exigencia, porque asocian experiencias etológicas en sí mismas sin crítica; la del confesor, la del educador, la del jefe, la del juez, etc., y medicina sin control, ya que de las tres clases de enfermedades más ininteligibles y menos curables, las enfermedades de la piel, de los nervios y las enfermedades mentales, el estudio y el tratamiento de las dos últimas ha proporcionado desde siempre a la psicología observaciones e hipótesis” (Canguilhem, 1958: 389-390).

Para responder a la pregunta que da título a la conferencia, es necesario discernir si hay o no una unidad de proyecto en las diferentes corrientes en psicología. Entonces, lo que se propone Canguilhem es analizar los diversos proyectos en los que a lo largo de la historia la psicología ha pretendido configurarse como disciplina unitaria. Al análisis filosófico le corresponderá indagar por el sentido originario de cada uno de los proyectos y sus diferentes orientaciones.

En primer lugar, Canguilhem delimita el proyecto de la psicología como ciencia natural. En sus inicios ligados a la física aristotélica, la psicología devino una fisiología; como ciencia del alma, ella fue considerada en su relación a un cuerpo natural que posee la vida en potencia. El alma es forma de ese cuerpo, y no una mera sustancia separada. De este modo se produce la analogía obligada entre el estudio de los órganos del conocimiento (sentidos externos e internos) y el estudio de los órganos del cuerpo: “la ciencia del alma es una provincia de la fisiología, en su sentido original y universal de teoría de la naturaleza” (Canguilhem, 1958: 392). Por otra parte, la psicología como ciencia natural también se definió como una medicina de la mano de Galeno. Al establecer que el cerebro es la sede del alma, la psicología quedaría ligada a la teoría de los espíritus animales hasta fines del Siglo XVIII.

Un segundo proyecto es el de la psicología como ciencia de la subjetividad. De la mano de la física mecanicista del Siglo XVIII, ella se define como una física del sentido externo que experimentalmente intenta determinar constantes cuantitativas (grados) de la sensación, así como las relaciones que entre ellas se establecen. A su vez, la psicología también se entiende como una ciencia del sentido interno, o como una ciencia de la conciencia de sí; ella se inaugura con el *cogito* cartesiano, en tanto

conocimiento directo que el alma tiene de sí. Sin embargo, esta ciencia del sentido interno deriva en la crítica kantiana a la psicología, cuyo dictamen es conocido: la psicología no puede ser una ciencia al modo que lo son las matemáticas o la física. Ella sólo puede proporcionar una serie de datos que sirvan a diferentes clasificaciones (símil kantiano a la botánica clasificatoria de la época). Si la psicología se reduce a ser una disciplina descriptiva, entonces “su verdadero lugar está en una Antropología” (Canguilhem, 1958: 398). Finalmente, la psicología también se define como una ciencia del sentido íntimo. Representada en sus inicios por Maine de Biran, la interioridad ya no se reduce a una analogía con el espacio físico, y por consecuencia el hecho psíquico no se define como un elemento simple y primitivo; ligada al esfuerzo de la voluntad, la consciencia requiere del conflicto y la resistencia. Relacionada de este modo a la fisiología del movimiento voluntario y a la patología de la afectividad, la psicología deviene o bien una psiquiatría (pasiones como causas, síntomas y medios curativos de la patología mental) o bien un psicoanálisis. Con este último, la psicología deja de reducirse a ser una ciencia de la consciencia: “la psicología ya no es solamente la ciencia de la intimidad, sino la ciencia de las profundidades del alma” (Canguilhem, 1958: 400).

Lo que Canguilhem intenta destacar en estos proyectos, es que en el intento de la psicología de encontrar una unidad siempre depende de otras disciplinas de las cuales toma el estatuto de ciencia (sea la medicina, sea la fisiología, sea la física experimental, etc.). Sin embargo, la crítica más importante se encuentra destinada al último proyecto, la psicología como ciencia del comportamiento:

“El siglo XIX ve constituirse una biología de la conducta humana. Creemos que las razones de este acontecimiento son las siguientes. Primeramente, razones científicas, a saber: la constitución de una Biología como teoría general de las relaciones entre los organismos y los medios, y que marca el fin de la creencia en la existencia de un reino humano separado; luego, razones técnicas y económicas, a saber: el desarrollo de un régimen industrial que orienta la atención hacia el carácter industrioso de la especie humana, que marca el fin de la creencia en la dignidad del pensamiento especulativo; finalmente, razones políticas que se resumen en el fin de la creencia en los valores de privilegio social y en la

difusión del igualitarismo: la conscripción y la instrucción pública se convierten en asunto de Estado, la reivindicación de la igualdad ante los cargos militares y las funciones civiles es el fundamento real, aunque a menudo desapercibido, de un fenómeno propio de las sociedades modernas: la práctica generalizada del peritaje, en sentido amplio, como determinación de la competencia y el descubrimiento de la simulación” (Canguilhem, 1958: 400-401).

Las tres características con las que Canguilhem define este proyecto no son casuales. Por una parte, la referencia a una Biología como teoría general de las relaciones organismo-medio remite al sostén darwinista y evolucionista que se encuentra detrás de varias psicologías de la época, entre ellas el conductismo norteamericano de Watson (behaviorismo)². A su vez, las menciones al régimen industrial y a las razones políticas remiten a la naciente psicología laboral (taylorismo como modo de racionalización del trabajo industrial) y a las aplicaciones de varias ramas de la psicología en los ámbitos laborales y educativos. A través de un argumento evolucionista subyacente se busca definir a la psicología como una tecnología de *adaptación al medio* (sea laboral, sea educativo, o bien al medio social general). Más aún, tomando de las ciencias biológicas un ideal de pretendida neutralidad científica, esta psicología evita cualquier reflexión sobre su propia práctica. Es decir, el psicólogo y la psicología se reducen a un mero instrumentalismo. La condición de posibilidad de dicho instrumentalismo es que su principio rector de utilidad permanezca informulado: “El psicólogo sólo desea ser un instrumento sin tratar de saber de quién o de qué es el instrumento” (Canguilhem, 1958: 402).

Si el hombre se reduce a la noción de instrumento, entonces surge la pregunta

² Esta crítica a la reducción biológica del hombre no es nueva en Canguilhem. En *Lo normal y lo patológico* (publicada su primera parte en 1943), una de las tesis principales es que la enfermedad no puede reducirse a una mera reacción fisiológica sino que, en última instancia, es la *experiencia* del enfermo la que lo declara como tal y lo lleva a consultar al médico clínico. Si bien el establecimiento de un fenómeno patológico siempre se realiza en relación con el medio, Canguilhem sostiene que esa relación se establece con un *humano concreto*. Lecourt sintetiza lo anterior de la siguiente forma: “Quien quiera distinguir lo normal de lo patológico deberá tener presente que se trata de un individuo humano concreto. Pero este individuo justamente no tiene existencia concreta propiamente humana si no se lo encara en el debate que mantiene con su medio” (Lecourt, 2008: 54).

de quién hace de medida de utilidad. Siguiendo a Canguilhem, las investigaciones en torno a las leyes de la adaptación y del aprendizaje, sobre las aptitudes y la optimización de la productividad, son inseparables de sus potenciales aplicaciones. Nótese en este punto la similitud con lo sostenido por Foucault respecto a las condiciones socioeconómicas en las que la psicología se desarrolla: negando su estatuto ideológico, la psicología no es sino un mero instrumentalismo, o bien una disciplina alienante. Canguilhem es explícito respecto a este último punto: “la utilización no es acción del psicólogo sino la de aquél o de aquellos que le piden informes o diagnósticos” (Canguilhem, 1958: 403).

Buscando independizarse de toda filosofía, la psicología buscó separarse de cualquier idea especulativa del hombre que vaya más allá de los datos fácticos (en este caso, biológicos y sociológicos). Sin embargo, en la aplicación de los datos que se obtienen se produce una consecuencia inevitable: “La psicología sigue descansando sobre un desdoblamiento, pero ya no es el de la conciencia, según los hechos y las normas que entraña la idea de hombre, sino el de una masa de *objetos* y una elite corporativa de especialistas que se imparten su propia misión” (Canguilhem, 1958: 405).

La sentencia con la que finaliza la conferencia, si bien parecería mantener una ambivalencia sostenida en una brutal ironía, no deja mucha duda sobre cuál es el diagnóstico de Canguilhem respecto a la psicología actual:

“Así pues, la filosofía plantea muy vulgarmente a la psicología la pregunta: ¿Por qué no me dices hacia dónde vas, para saber qué eres? Pero el filósofo también puede dirigirse al psicólogo en la forma de un consejo de orientación y decir: Cuando se sale de la Sorbona por la calle Saint-Jaques se puede subir o bajar; si uno sube, se acerca al Panteón que es el conservatorio de algunos grandes hombres, pero si baja desemboca directamente en la Jefatura de Policía” (Canguilhem, 1958: 406).

Puede observarse que la ambivalencia de esta última cita es engañosa. Si bien Canguilhem menciona dos caminos posibles para la psicología, lo que en última instancia se expresa es que en su estado actual la psicología, por más que intente acercarse al Panteón, tarde o temprano terminará descendiendo a la Jefatura de Policía. Al

decir de Roudinesco: “Con otras palabras, según el filósofo, la psicología nunca habría tenido otra alternativa que intentar acercarse en vano a una filosofía del heroísmo sin dejar nunca de implementar una tecnología de la sumisión” (Roudinesco, 2005: 50). El diagnóstico respecto al estado actual de la psicología coincide con el de Foucault: evitando la reflexión sobre su propia práctica y sobre su carácter ideológico, la psicología no es más que una tecnología de adaptación al medio social.

Althusser. Psicología e ideología tecnocrática

En los años anteriores a la publicación de *Para leer el capital* y *La revolución teórica de Marx*, Althusser impugna la categoría de sujeto en la psicología y la califica como una *ideología tecnocrática* o *ideología empirista*. Específicamente, sus producciones de la primera mitad de la década del sesenta consagradas a la psicología, el psicoanálisis y las ciencias humanas se ubican en este proyecto de época de crítica de la psicología. Veremos cómo el artículo publicado en 1963 “Filosofía y ciencias humanas”, las conferencias “Psicoanálisis y ciencias humanas” dictadas entre 1963-1964 en la École, y el artículo de 1964 “Freud y Lacan” coinciden, a pesar de las particularidades del análisis althusseriano, en el diagnóstico del carácter ideológico de la psicología.

En “Filosofía y ciencias humanas” Althusser señala la pertinencia de la filosofía de realizar una impugnación a las denominadas ciencias humanas, especialmente a la psicología, en una doble vertiente: por su pretendida cientificidad y por el carácter alienante que ellas poseen. Respecto al primer punto, Althusser afirma que “lo que incumbe a la Filosofía es que fue, que sigue siendo y que será cada vez más impugnada en su ser y en su vida misma por la ofensiva de lo que es preciso llamar el Pensamiento tecnocrático” (Althusser, 1963: 51). Lo que el autor entiende por “pensamiento tecnocrático” remite a las necesidades que la creciente industrialización genera en las sociedades. La psicología, al igual que las ciencias humanas en general, serviría al cumplimiento de dichas demandas.

Según el autor, la psicología de la época no hace más que reemplazar los antiguos postulados de la filosofía espiritualista con pretendidos “nuevos objetos” como los de conducta, comportamiento, percepción, cuerpo propio, sexualidad, prójimo, etc. En el marco de una supuesta novedad de sus objetos, lo que la psicología pierde es su relación con la realidad, deviniendo así un empirismo o positivismo:

“El rechazo filosófico del empirismo, del psicologismo, del positivismo no es más que el rechazo mismo de atribuir a las ciencias un sentido que las destruye: es un rechazo que interesa a la filosofía sólo porque interesa a las ciencias mismas (...). Así, pues, lo que constituye la filosofía es el reconocimiento de la realidad misma de las ciencias efectivas y auténticas, es decir, lo que le asegura su autonomía. Lejos de pensar, pues, que pueda verse amenazada por ellas en algún momento, no puede verse amenaza salvo por aquello que amenaza a las ciencias en persona: la *ilusión*, dogmática, positivista, psicologista, naturalista, pragmatista o empirista, ilusión que un marxista denominaría con mayor rigor una *ideología*: ideología empirista” (Althusser, 1963: 54).

Llevando su crítica aún más lejos, Althusser señala que en el marco de esta ideología empirista en la que las ciencias humanas y la psicología se desarrollan, el calificativo de “ciencias” les serviría o bien de esperanza de pretendida cientificidad (punto antes mencionado) o, lo que es peor aún, de coartada o impostura: “Todos reconocerán que ramas enteras de la psicología y de la sociología actuales no son más que técnicas de aprendizaje, de condicionamiento, es decir, de adaptación, que como puede ser evidente nunca puede ser más que la *adaptación a las condiciones existentes*” (Althusser, 1963: 57). Nuevamente, encontramos una coincidencia con Canguilhem y Foucault en esta crítica al carácter adaptativo de la psicología de la época: la orientación actual de la psicología como “ciencia de las reacciones y del comportamiento” borra la posibilidad de cuestionamiento filosófico de la propia disciplina y le otorga al hombre, y por consecuencia a su proyecto mismo de psicología, un carácter utilitarista e instrumentalista, sin preguntarse a quién sirve dicha utilización. A su vez, esta psicología no es más que una psicología que aliena al hombre a las condiciones de explotación existentes. Como disciplina en un contexto alienante, ella es necesariamente alienante. Althusser no deja mucha duda respecto a ello cuando afirma lo siguiente:

“Si la psicología y la sociología son actualmente objeto de tanta demanda en el mundo de la industria, del comercio, de la política, del ejército, etc., lo son, como resulta más que evidente, en tanto que medio de una determinada orientación, de un determinado fin, y por ende de deter-

minados intereses definidos. Prendidas en el campo de esas demandas precisas, sometidas a sus objetivos imperativos, algunas disciplinas de las “Ciencias Humanas” sufren la influencia de esas condiciones, hasta el punto de consagrarse casi exclusivamente a la puesta a punto de las Técnicas y de los Métodos requeridos para satisfacer esa demanda. Las disciplinas que se alimentan de esa demanda, no tienen ni el recurso, ni la posibilidad, e incluso sencillamente siquiera las ganas de poner en cuestión esa demanda en cuanto tal, así como de interrogarla sobre sus títulos” (Althusser, 1963: 58-59).

El ejemplo más destacado por Althusser en este marco será el de la escuela americana de psicoanálisis, y especialmente la figura de Anna Freud, cuya propuesta psicoanalítica es denominada en las conferencias “Psicoanálisis y ciencias humanas” como un psicoanálisis de la adaptación al medio social. El autor lo define de la siguiente manera:

“Si efectivamente el principio de realidad no es más que una intervención de las normas de la sociedad por la mediación del medio familiar cercano sobre el individuo, que el individuo mismo reprende bajo la forma del superyo, en este preciso momento, la cura analítica se convierte simplemente en una negociación entre el individuo y la sociedad, una negociación que, como toda negociación delicada, tiene necesidad del buen oficio del psicoanalista que va a arreglar las cosas, pero que, entendámonos bien, va a arreglar las cosas diciéndose: este pobre chico, la sociedad era demasiado fuerte, ha sido aplastado por ella, es decir, que su yo ha sido aplastado por su superyo” (Althusser, 1963-1964: 51).

El caso de Sigmund Freud es diferente. El padre del psicoanálisis no sólo ha fundado la propia disciplina psicoanalítica sino que, en palabras de Althusser, ha fundado la psicología misma. Lo que esto quiere decir es que el verdadero objeto de la psicología ya ha sido fundado por el psicoanálisis, y aunque la psicología no se haya dado cuenta ese objeto no es otro que el inconsciente: “el objeto de la psicología es el inconsciente. Es solamente definiendo por esta esencia el objeto de la psicología como lo inconsciente, como la psicología puede desarrollarse” (Althusser, 1963-1964:

40). De esta forma, la figura de Lacan es destacada; a través de su proclamado “retorno a Freud” ha desarrollado el camino científico del psicoanálisis al indagar, nutriéndose de los aportes de la lingüística (que vale aclarar, parece ser una de las pocas ciencias humanas que Althusser no condena como tecnocrática en esta época), sus leyes de funcionamiento en la propia especificidad que le corresponde, sin dejarse fagocitar o, en palabras de Althusser, sin realizar pactos de coexistencia pacífica con otras disciplinas (biología, sociología, antropología, filosofía, etc...).

Lo que Althusser destaca del psicoanálisis freudiano y lacaniano es la impugnación que este realiza al yo o la conciencia como instancias de dominio psíquico, ya que ello le permite denunciar la ideología tecnocrática encubierta por una pretendida cientificidad implícita al ideal adaptativo de las ciencias humanas de la época. Esta impugnación se encuentra presente en el Discurso de Roma de Lacan, donde se analizan las falencias técnicas y teóricas de la *ego psychology*. Es indudable que las críticas de Althusser al psicoanálisis norteamericano se inspiran directamente de allí; no obstante, lo que particularmente toma de Lacan es su abordaje del hombre dentro del dominio específicamente humano de la cultura:

“Lo que hemos aprendido de la interpretación de Lacan es que el psicoanálisis concierne al devenir humano del pequeño *infans*, es decir a la inserción en la cultura por los desfiladeros del significante, es decir por los desfiladeros de la cultura misma, y de la cultura a priori que condiciona toda culturación de este pequeño ser biológico que es un pequeño ser biológico humano. Este pequeño ser biológico deviene *infans* a partir el momento en que franquea la barrera del Edipo, a partir del momento en que se inserta en la maquinaria, es decir, en la repartición de papeles que le son impuestos por las estructuras del parentesco que se reflejan en el orden el significante, a través de cual se expresa su necesidad en forma de demanda” (Althusser, 1963-1964: 81).

Finalmente, en “Freud y Lacan”, la cuestión del Edipo es puesta en primer plano. Luego de retomar la especificidad del psicoanálisis como disciplina y de su objeto particular, el inconsciente, Althusser analiza los efectos del Edipo y cómo estos dan cuenta del inconsciente. La estructura edípica sería aquella que se enmarca,

en tanto su tramitación deriva en la toma de posición de un género sexual, en el pasaje más general, y a su vez fundante de lo humano, del ser biológico al ser cultural. Esta transición de lo biológico a lo humano se da a través de lo que Althusser llamará *Ley de la Cultura*: “Lacan mostró que esta transición de la existencia puramente biológica a la existencia humana se llevaba a cabo bajo la Ley del Orden, que yo llamaré Ley de la Cultura, orden del lenguaje (...), la ley del lenguaje en la que se fija y se da todo orden humano, y por lo tanto todo papel humano” (Althusser, 1964: 39). Esta transición tiene dos momentos: un primer momento de la relación dual con la madre y un segundo momento, el Edipo, donde la estructura deviene ternaria a través de la presencia del padre como mediador de la ley y donde además se trastoca la economía de satisfacción dada en la dualidad madre-hijo. Ahora bien, por más que el primer momento se caracterice por la predominancia de lo imaginario y el segundo por la de lo simbólico, ambos momentos se encuentran en una dialéctica del orden simbólico, en tanto esa relación que el niño vive con su madre, por más que el niño no lo sepa, se encuentra inscrita en el Orden Humano, es decir, en el Orden Simbólico:

“Donde una lectura superficial o guiada de Freud no veía más que la infancia feliz y sin leyes, el paraíso de la “perversidad polimorfa”, una especie de estado salvaje escandido únicamente por etapas de aspecto biológico, sujetas a la primacía funcional de tal parte del cuerpo humano, lugares de necesidades vitales “oral, anal, genital), Lacan muestra la eficacia del Orden, de la Ley, que acecha desde antes de su nacimiento a todo ser humano, u se apodera de él desde su primer grito, para asignarle su lugar y su papel, por lo tanto su destino forzoso” (Althusser, 1964: 41).

Finalmente, lo que nos interesa destacar es cómo en estos escritos Althusser contrapone al carácter tecnocrático de la psicología el psicoanálisis de corte lacaniano; este permitiría desenmascarar el carácter ideológico de la categoría de sujeto con el que la psicología se maneja.

Conclusión. Olvido e ideología

Los análisis precedentes de Foucault, Canguilhem y Althusser poseen caracte-

rísticas diferentes. Foucault pasa de indagar las condiciones materiales de la enfermedad mental a estudiar las condiciones de posibilidad del conocimiento psicológico (negatividad constitutiva). Canguilhem esboza una breve historia de las ideas en torno a cuáles han sido los preceptos ocultos en los proyectos constitutivos de la psicología hasta la actualidad. Finalmente, Althusser denuncia el carácter de pretendida cientificidad de las ciencias humanas actuales y resalta el carácter ideológico inherente a ellas. Las alternativas propuestas por cada uno también difieren. Foucault considera en *Enfermedad mental y personalidad* a la reflexología pavloviana como una verdadera psicología, y luego al psicoanálisis freudiano, en “La recherche scientifique et la psychologie”, como la vía de acceso a la negatividad constitutiva del conocimiento psicológico. Althusser apuesta a los aportes del psicoanálisis lacaniano. Canguilhem no redime ninguna disciplina psicológica en particular, ya que su diagnóstico se centra en el carácter instrumentalista de la psicología como ciencia del comportamiento.

Sin embargo, encontramos un centro común a las diferentes críticas a la psicología: todos los análisis se sostienen en la impugnación a su carácter ideológico, es decir, a su carácter adaptativo. Por una parte, esta impugnación se sostiene en el *no positivismo* (Lecourt, 1972) representativo de la epistemología francesa: Foucault, Canguilhem y Althusser rechazan los métodos de las corrientes positivistas psicológicas. Este rechazo se funda en el precepto adaptativo que subyace a ellos. En este punto, la impugnación filosófica a la psicología de la época es destacada como necesaria. Jarauta, en relación a la epistemología francesa, muestra cómo Foucault y Canguilhem (agreguemos nosotros a Althusser), además de Cavaillés y Bachelard, produjeron un viraje en el papel de la filosofía: “Al desplazar a la filosofía del nivel de la identidad del discurso y al remitirla a su propia historia material, a la producción de sus discursos y a la genealogía estructurada de sus conceptos, se posibilita un nuevo tipo de lectura que va a permitir la reconstrucción de la historia efectiva de la filosofía” (Jarauta, 1979: 10). Lo que muestran los textos analizados es cómo la filosofía devino necesaria para estudiar la relación entre las prácticas concretas y los proyectos disciplinares de las nacientes ciencias humanas, especialmente de la psicología. Para estos autores, el rasgo técnico de las psicologías actuales encubre una “estructura teleológica externa” (Herbert, 1966: 203) según la cual las aplicaciones técnicas responden a una demanda social definida. Más aún, esta demanda social definida (adap-

tación del hombre a las demandas de una sociedad industrial) no sólo se constituye como el fin al que se dirigen las aplicaciones técnicas de la psicología, sino que además deviene una de sus condiciones de posibilidad. El artículo de Foucault “La recherche scientifique et la psychologie” hace explícito este último punto. Allí, la condición última de posibilidad de la psicología es la de una negatividad constitutiva, el punto en el cual las prácticas psicológicas no pueden producir un saber positivo sobre sus objetos. Sin embargo, el contexto en el cual las prácticas psicológicas emergen no debe ser olvidado: sus conceptos siempre se encuentran relacionados a determinadas demandas sociales (Foucault lo ilustra con la psicología del trabajo). En última instancia, es este *olvido* de la psicología de sus relaciones con las demandas sociales lo que Foucault, Canguilhem y Althusser se proponen impugnar en esta época: “Los presupuestos teóricos no reconocidos señalan (en su fundación de ignorancia) el carácter ideológico de la disciplina psicológica” (Deleule, 1969: 151). Si la psicología posee un carácter ideológico, este se sostiene en un olvido por parte de quienes la practican.

Bibliografía

- Althusser, L. (1963): “Filosofía y ciencias humanas”, en *La soledad de Maquiavelo*, Madrid, Akal, 2008.
- (1963-1964): *Psychanalyse et Sciences Humaines*, París, Librairie générale française, 1996.
- (1964): “Freud y Lacan”, en *Escritos sobre psicoanálisis*. México DF, Siglo XXI, 1996.
- Canguilhem, G. (1958): “¿Qué es la psicología?”, en *Estudios de historia y de filosofía de las ciencias*, Buenos Aires, Amorrortu, 2009.
- (1966): *Lo normal y lo patológico*. Siglo XXI, Buenos Aires, 1971.

- Deleule, D. (1969): *La psicología como mito científico*, Barcelona, Anagrama, 1972.
- Foucault, M. (1954a): "Introduction" a *Le Rêve et l'Existence*, en *Dits et écrits 1954-1988. 1954-1969*, Paris, Gallimard, 1994.
- (1954b): *Enfermedad mental y personalidad*, Buenos Aires, Paidós, 1961.
- (1957): "La recherche scientifique et la psychologie", en *Dits et écrits 1954-1988. 1954-1969*, Paris, Gallimard, 1999.
- (1964): *Historia de la locura en la época clásica*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1998.
- Herbert, T. (1966): "Reflexiones sobre la situación teórica de las ciencias sociales, y de la psicología social en particular", en Eliseo Verón (comp.): *El proceso ideológico*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1972.
- Jarauta, F. (1972): *La filosofía y su otro*, Valencia, Pre-textos.
- Lecourt, D. (2008): *Georges Canguilhem*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2009.
- Miller, J. (1993): *La pasión de Michel Foucault*, Santiago de Chile, Andres Bello, 1995.
- Roudinesco, E. (2005): *Filósofos en la tormenta*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2009.